

Graciela Batticuore. *El taller de la escritora. Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti: Lima-Buenos Aires (1876/7-1892)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1999. 239 pp.

A partir de las *Veladas literarias* de Juana Manuela Gorriti,¹ Graciela Batticuore analiza la relación que la mujer hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XIX establece con la escritura y con el ambiente cultural de la época. La casa limeña de Gorriti en la calle de Urrutia se había convertido, entre 1876 y 1877, en un espacio de intercambio cultural alternativo a los círculos o academias literarias que existían en Lima, a los que se convoca sólo a escritores de renombre y donde la participación femenina es mínima. Cuando abre las puertas de su casa, Gorriti reúne no sólo a principiantes en las letras, incluidas mujeres, sino también a escritores reconocidos de la generación romántica peruana: Ricardo Palma, Arnaldo Márquez, José Antonio de Lavalle, Manuel Corpancho y Luis Benjamín Cisneros serán frecuentes asistentes a su salón.

Por esos años, Juana Manuela Gorriti ya era una reconocida escritora en los círculos intelectuales limeños; así, Palma la recuerda como un miembro más de la bohemia: “La Gorriti, sin escribir versos, era una organización altamente poética. Los bohemios la tratábamos con la misma llaneza que a un compañero, y su casa era para nosotros un centro de reunión”.² Su novela *La Quena* había aparecido en el diario *El Comercio* y fue uno de los primeros colaboradores de la *Revista de Lima* (publicación que inicia el gran movi-

¹ Gorriti, Juana Manuela. *Veladas literarias de Lima, 1876-1877*. Tomo primero. Veladas I a X. Buenos Aires: Imprenta Europea, 1892.

² Palma, Ricardo. *La bohemia de mi tiempo*. Recogida en *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar, 1953, p. 1297.

miento intelectual que se desarrolló en el país en la segunda mitad del siglo XIX) con “Los mellizos de Illimani. Historia contemporánea”.³

Batticuore considera que, al instalar las veladas, Gorriti resuelve la búsqueda de un espacio alternativo a los cambios sociales de la modernización y a la consiguiente transformación de los valores y olvido de las tradiciones.

El hilo conductor que está detrás de los ensayos leídos en las veladas es básicamente la preocupación por construir una identidad nacional; alrededor de esta idea se discutirá la participación que debe tener la mujer dentro de esa construcción, lo que concluirá en el reconocimiento de las mujeres como iguales en el plano intelectual, y su rol en la educación dentro de ese proyecto.

En la Hispanoamérica de la segunda mitad del XIX, los intelectuales de las nuevas repúblicas, pasado ya el tiempo de acomodo político después de las guerras por la independencia, reflexionan sobre la necesidad de reconocerse como identidades nacionales, y también como identidad continental. Así, el reclamo de Eugenio Larrabure y Unanue refleja la preocupación de su época:

... en el estado naciente de nuestra historia, el bibliófilo tiene que prestar al Perú inmensos servicios, salvando de una pérdida segura documentos preciosos que deben formar la verdadera gloria nacional: servicios por el momento acaso mayores que los del historiador, porque nada puede hacer éste sin el indispensable y valioso concurso de aquél. El bibliófilo es quien rebusca, escoge y prepara los materiales: el historiador es el arquitecto que, en vista de los elementos que se le ofrecen, traza hábilmente el plan del edificio y dirige su construcción. El poeta, a su turno, viene después a adornar y rematar la obra, infundiéndole belleza y sentimiento.⁴

Es decir que el poeta, el literato, tiene un importante rol en la formación de la historia nacional: no sobre la ficción, sino sobre textos del pasado es que debe elaborar un discurso sugerente para los lectores, pues su función es difundir la historia nacional.

³ *Revista de Lima* [II. I] (1873): 89-90.

⁴ Larrabure y Unanue, Eugenio. “Lijeras observaciones sobre la necesidad de fomentar en el Perú la afición a los trabajos biográficos y de bibliografía nacional”. Club Literario de Lima, *Anales de la sección de Literatura*. Lima: Carlos Prince, 1874, p. 83.

Unos años después, en el prospecto de periódico que publica el *Ateneo de Lima* en 1886 se lee: “Todos y en todo nos debemos a la tierra en que hemos nacido; y si la pluma y la palabra son una fuerza, hay necesidad de ejercerla en edificar lo bueno y demoler lo malo”. Nuevamente se recuerda que los escritores no pueden ser indiferentes al destino de la nación; la escritura se convierte en un “deber” con el que se edificará lo bueno y demolerá lo malo para crear el carácter nacional. Esta certeza también la comparte Gorriti. Como bien ha señalado Graciela Batticuore en otro artículo, el proyecto de Gorriti es la integración de la cultura latinoamericana, por eso en sus veladas se propone “dar a conocer la producción de los nuevos escritores limeños y las reflexiones sobre el rumbo de la cultura americana”.⁵ Para los asistentes a las veladas, “las letras son transmisoras de un legado patriota: la memoria nacional; los intelectuales deben completar y coronar la acción de los padres fundadores” (43).

Gorriti encuentra que una manera de llevar a cabo este proyecto de integración americana es la preparación de textos que describan “los viajes, las leyendas, las tradiciones”. La evidente intención didáctica de los textos salta a la vista: hacer conocer al lector la historia nacional y americana. Será precisamente este modelo el que seguirán publicaciones periódicas posteriores, como *El Perú Ilustrado*, pues allí se usará la descripción no sólo para una identificación continental, sino también para una identificación nacional: en cada número del semanario se describe una ciudad del Perú o de Hispanoamérica, y se presenta la biografía de algún americano ilustre.

Además de compartir con su época la preocupación por la construcción de una identidad americana y nacional, existe una pregunta fundamental entre las participantes de las veladas: ¿qué papel deben desempeñar las mujeres en la definición de una “ciudadanía práctica y republicana”, identificada con la construcción de la patria? (17). A partir de esta interrogante, se discute por qué no se reconoce a la mujer como ciudadana —con los mismos derechos legales y políticos que sus pares masculinos— si es intelectualmente igual al hombre. En

⁵ Batticuore, Graciela. “Itinerarios culturales. Dos modelos de mujer intelectual en la Argentina del siglo XIX”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 43-44 [XXII]: 169.

las veladas se concluye –según Batticuore– que si bien ambos son iguales, aún no ha llegado el momento adecuado (entre otros motivos, porque las mujeres aún no están bastante instruidas y educadas y porque falta consenso nacional), por lo tanto se habla de “ciudadanas en el hogar”.

Para las asistentes, el objetivo no es asumir el “odioso tipo de literata” –siguiendo a Carolina Freyre de James–, sino convertirse en la “mujer ilustrada” (83): la vida familiar no es incompatible con la escritura; al contrario, es necesario que la mujer, como núcleo de la familia y educadora principal de los hijos, sea instruida y culta. Es a través de las veladas que la apreciación de la escritora se supera, pues “Desde las páginas de la prensa y los semanarios dirigidos a formar un público femenino . . . las figuras controvertidas de la *lectora* y la *autora* comienzan a legitimarse, vinculadas con una retórica *romántica* y *patriota* vigente en las veladas limeñas de Gorriti y en los semanarios para mujeres” (21-22). Así, la literata se convierte en un modelo imitable, y no en una enemiga de la mujer del hogar.

Yendo más allá, la Gorriti anima a sus discípulas a escribir, “procurando crear en ellas la conciencia de que esta práctica no debe reducirse a una experiencia solitaria sino que tiene que estar destinada a un público. Es decir que se trata del aprendizaje de un nuevo *oficio*: el de novelista” (88). Prefiere la novela, tal vez porque considera que es el género literario más apropiado para la mejor realización de este proyecto, por ser “un medio fácil y poderoso de difundir en el pueblo la historia y la geografía descriptiva” (1996: 177). La novela, entonces, se presta para vincular a estas mujeres escritoras con el proyecto americanista-nacionalista del siglo XIX.

Otra razón para preferir la novela es que las mujeres escritoras de esta época resaltan su rol didáctico, por ejemplo: “El número apertura de *La Bella Limeña* promete publicar solamente “novelas cristianas”, vale decir: moralizantes. Aun este recorte de una zona franca, potable o inocua del género subyace un claro presupuesto de su rol didáctico: la ficción del relato novelesco inevitablemente *enseña* alguna cosa a las lectoras. Y es precisamente esa *exempla* lo que es imprescindible cuidar cuando se trata del aprendizaje femenino” (82).

Si hay que cuidar los *exempla*, no es de extrañar el enojo de Gorriti por la aparición de *Blanca Sol*, novela que publica Mercedes Cabello en 1899, en la que la protagonista contrae matrimonio por

conveniencia con un hombre rico; al morir su marido, se convierte –como observa Francesca Denegri⁶– en una “Naná” peruana. En una carta a Ricardo Palma, la escritora argentina manifiesta:

Qué diré a Ud., que ya no suponga de mi disgusto por la desatentada novela de mi querida Mercedes, tan indigna de la pluma de cualquier mujer, mucho más de una persona tan buena como ella. Como Ud. dice, es la exposición del mal, sin que produzca ningún bien social.⁷

Los enojos de Gorriti se explican por su concepción de la escritura femenina. Para ella, la escritora no debe propiciar el escándalo, sino por el contrario debe servir de ejemplo, pues “el honor de una mujer escritora es doble: el honor de su conducta; el honor de su pluma”. En otras cartas dirigidas también a Palma le dirá: “Un hombre puede decir cuanto le dicta la justicia: el chubasco que le devuelvan caerá a sus pies sin herirlo. No así una mujer, a quien se puede herir de muerte con una palabra: aunque sea ésta una mentira”.

Esta preocupación se comprende en una sociedad en la que la mujer está empezando en el oficio de novelista y es objeto de curiosidad para el resto; no olvidemos además que por esos años continúa la discusión sobre si la educación de la mujer es o no pernicioso para ella.

Desde la perspectiva de Juana Manuela Gorriti, Cabello con su novela viene a desandar lo andado, convirtiéndose ella, y con ella todo su género, en blanco de los detractores. Como vemos, Gorriti es muy consciente del rol que la mujer, y mucho más la escritora, tiene en la época; Cabello con sus novelas naturalistas cuestiona el rol didáctico de la novela.

La inclusión de la mujer en la discusión de la formación de la identidad nacional no implica su participación en el discurso político. Al contrario, como se ha mencionado al inicio, el ambiente cultural de la época en que Gorriti vive en Lima está dominado por los

⁶ Denegri, Francesca. *El abanico y la cigarrera: la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú 1860-1895*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/Flora Tristán, 1996.

⁷ Carta de Juana Manuela Gorriti a Ricardo Palma, fechada en Buenos Aires, el 4 de febrero de 1889. El original se conserva en la Biblioteca Nacional del Perú, en el tomo “Correspondencia literaria con personajes de las Repúblicas del Plata”.

románticos, quienes se alejan del debate ideológico e insisten, como señala Francesca Denegri, en presentar una posición ideológica políticamente neutra. Se puede decir, tal como sostiene Denegri, que consideraban a la literatura “como un espacio en el que los sentimientos se refinan y los espíritus abatidos se recuperan”. Eludir la política es también una consecuencia de la construcción de una identidad nacional, pues ésta se logrará dejando de lado los intereses partidistas, así por ejemplo en 1873, la *Revista de Lima*, al finalizar el primer año de publicaciones, invocaba la colaboración de los escritores diciendo:

La Revista es un campo neutral. Las letras no reconocen bandera. Todas las doctrinas tienen carta de naturalización en nuestras páginas, sin más requisito que el de estar firmadas. No todo ha de ser política y mercantilismo. Mucho nos complacería que estas líneas encuentren eco y que obreros de buena voluntad vengan a ayudarnos en la patriótica tarea que hemos emprendido.

En las veladas no se entablan conversaciones políticas, pues éstas “se vuelven en contra de la virtud femenina” (32), la mujer debe tener “el arte de reunir sabiamente los opuestos: en ello consiste esta vez la necesaria influencia femenina” (61). Así, “no se trata aquí de promover la figura de una mujer politizada pero sí el perfil de la *lectora* y de la *autora*, capaces de desencadenar también muchas controversias” (32).

Gorriti es una escritora patriota pero ajena a incursionar en el debate político. Las veladas se convierten en un campo neutral, donde “la literatura debe ser ajena pero *refractaria a la política*: es lo que parece desprenderse de una escucha atenta a los ensayos presentados en las veladas” (33). Esta idea sale de los salones de la casa de la calle de Urrutia, pues también la encontramos en la revista *La Bella Limeña*, pues “en su número apertura, *La Bella Limeña* promete al público no dar lugar entre sus páginas a las notas de opinión política. Y definitivamente, no lo hace” (70). La buena lectura que se fomentará desde los salones de la Gorriti (biografías de héroes americanos, tradiciones nacionales y música y arte folklórico en general) desembocará en la formación de una conciencia nacional y americana.

Otro tema que se destaca en el libro es la crítica que los participantes de las veladas hacen a la educación de la época, que en su

mayor parte estaba a cargo de la Iglesia. Este debate se realizó a lo largo de la década de 1870 en los medios intelectuales, que consideraban la educación como hito del progreso; es dentro de esta discusión mayor que se inscriben los ensayos leídos en casa de Gorriti.

Lo novedoso en el debate sobre la educación de la mujer está en que ahora son las mujeres las que participan en la discusión (como dice Batticuore, son sujeto y objeto de polémica).

Así, “En el pasaje de la modernización, la Iglesia representa el retraso cultural, la dependencia con España: un fantasma colonial incrustado en la República. La postura de los intelectuales contra la Iglesia define el término indeclinable de lo moderno” (62). “Ser patriotas y ser modernos, ser modernas, también implica . . . un fuerte cuestionamiento contra la Iglesia como institución obsoleta: se trata de disminuir sus poderes sobre el pueblo para abrir paso al pensamiento crítico y a las bondades de la ciencia, donde los hombres y las mujeres sospechan encontrar nuevas y mejores influencias” (64).

Finalmente, un elemento importante para el éxito y la difusión de lo tratado en las veladas son los comentarios que aparecen en la prensa sobre lo leído en cada reunión. Los participantes de las veladas se consideran guías de un público ausente pero que lee sus textos en las revistas. Batticuore nos dice que poco a poco, “la crónica periodística convierte el evento en un suceso cultural y funda la velada como el lugar de aprendizaje en la reflexión y la práctica literarias, hasta entonces patrimonio exclusivo de las academias” (34). La crónica periodística ayuda también en el proyecto de Gorriti, pues difunde las discusiones de su salón entre lectores/as que no pueden asistir a su casa, es decir, este ambiente aparente de reunión íntima de amigos se traslada al espacio público: su casa no sólo es escuela para los alumnos que asisten personalmente, lo es también para los lectores alejados.

Un panorama de esto nos lo da la antología de artículos periodísticos que Batticuore recoge al final del libro. Esta utilísima recopilación nos permite saber quiénes asistían a las veladas y qué se leía en ellas.

El taller de la escritora presenta, además del prólogo “La cultura de la tertulia” de Roger Chartier y de una breve introducción, dos secciones. La primera, dividida en siete capítulos, está dedicada al estu-

dio de Juana Manuela Gorriti y su influencia dentro del ambiente cultural limeño e hispanoamericano. Mientras que la segunda sección es una antología de ocho ensayos publicados en las *Veladas literarias* sobre la educación de la mujer y la importancia de la adquisición de la lectura y de la práctica de la escritura por parte de las mujeres. Los ensayos son de Mercedes Cabello de Carbonera, José Arnaldo Márquez, Teresa González de Fanning, entre otros; además recoge las reseñas a las veladas aparecidas en el diario *El Comercio* de Lima.

La cuidadosa transcripción de los ensayos de las *Veladas* agrega valor al libro, pues acceder al ejemplar de 1892 resulta difícil para el lector interesado. Al transcribir los ensayos se ha modernizado la ortografía y –como sostiene Batticuore– sólo cuando ha sido necesario se ha cambiado la puntuación. Esta opción por la modernización ortográfica en 1999 contradice la decisión explícita de 1892 en la publicación del ensayo de Benicio Alamos González “Enseñanza superior de la mujer”, pues Gorriti declara que se debe conservar la ortografía del autor que busca plasmar una pronunciación más realista (si bien Batticuore señala parcialmente algunos de los cambios⁸), además de reflejar la renovación ortográfica en discusión en la época.

La información paratextual sobre quiénes prestaron su voz para la lectura de los textos en las veladas se señala en notas al final de libro, pues si bien la mayoría fue leída por sus autores, algunos lo fueron por otras personas. Batticuore señala acertadamente el carácter oral de estos ensayos hechos para la lectura en voz alta, carácter que ya la edición de 1892 perdía; en ese sentido, tiene interés conocer quiénes prestaron su voz para los textos, como el caso de Ricardo Palma que leyó “Trabajo para la mujer” de Teresa González de Fanning.

⁸ Batticuore señala que en el original la letra “y” había sido reemplazada por la “i” en todos los casos; pero hay que agregar que además se usa la “j” en vez de “g” cuando la segunda suena como la primera, y que la “x” se reemplaza por “s” en casos como *testa*. Debemos esta observación a Luis Jaime Cisneros, quien también nos alcanzó la indicación de una errata en la página 224, nota 5, donde se indica como primera velada la que fue la segunda.

Finalmente, una imprecisión sobre la fecha de lectura del ensayo “Condición de la mujer y el niño en los Estados Unidos del Norte” de José Arnaldo Márquez, éste fue leído en la segunda velada, el 26 de julio de 1876.

Como podemos leer en el libro de Graciela Batticuore, la función que la escritora argentina desempeñó en nuestro país, como animadora de la primera generación de escritoras, como agente de la integración americana, como difusora cultural y, sobre todo, como ‘pensante’ de la necesaria educación y emancipación de la mujer la convierten en personaje excepcional que reúne en sí misma las preocupaciones de la segunda mitad del siglo XIX hispanoamericano.

Cecilia Moreano
Pontificia Universidad Católica del Perú